

ITINERARIOS CATEQUÉTICOS PARA JÓVENES Y NOVIOS

M^a DEL ROSARIO GONZÁLEZ MARTÍN
PONTIFICIO INSTITUTO JUAN PABLO II
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID

INTRODUCCIÓN

Es urgente, en la sociedad actual, atender a los jóvenes y a los novios en un momento de su vida que es clave para la realización de su proyecto vital. La cultura social actual posee una serie de virtudes y defectos que hacen necesaria la formación y la atención explícita de algunos aspectos personales, entre ellos destaca de manera especial la necesidad de la formación en la vocación al amor, independientemente del modo en que se concrete en cada joven. Esto ha de ser así tanto si siguen un camino de celibato, como si siguen un camino de matrimonio. La vocación al amor está en el origen de ambas.

Nuestra sociedad ha revelado actitudes que salvaguardan el amor, como es el respeto a la diferencia, la solidaridad... pero ha velado y confundido muchas otras que son piedras claves en la construcción de una vida en el amor. Ha velado, por ejemplo, elementos tan esenciales como lo que aportan la femineidad o la masculinidad en cada relación. El verdadero encuentro personal se halla en penumbra y éste es fundamental para la persona. Si no volvemos a desvelar el misterio tendremos una sociedad y unas personas oscuras, incapaces de mostrar su verdadero rostro. Pero este misterio o se muestra en su integridad o se desgaja, se viola. De aquí la importancia de comprender a fondo lo que es la persona, lo que significa para ella la comunidad, lo que supone la vocación, una vocación que es común y

personal, la vocación al amor y la necesidad de responder a ella de una manera integrada.

Claro que existe una formación específica para novios y otra para célibes, que en definitiva es una concreción de la vocación personal al amor. Pero previa a esta formación ha de existir una verdadera comprensión de la persona y de la comunión interpersonal, también desde su corporalidad y de su carácter sexuado¹.

Con este artículo no pretendo otra cosa que ahondar en esta formación previa para la vocación al amor y en algunas claves para la formación de novios y en la que creo que han de participar los célibes por la comprensión profunda de la persona que revela, también de ellos mismos. Esta formación previa también facilita la inserción en una comunidad cuyo primer y fundamental origen es la familia.

Para ello, en primer lugar, propongo una reflexión profunda sobre qué o quién es la persona, desde una perspectiva filosófica, centrándome en una frase de Mounier que articulará el progreso del artículo. Esto sentará las bases profundas o las perspectivas básicas que han de iluminar cualquier itinerario catequético. No dejaré de señalar, en el recorrido de estos presupuestos, algunas consideraciones propias de la catequesis o de la relación adecuada que promueve la educación en la fe y la vocación para el amor.

En un segundo momento, creo que es importante considerar la sociedad actual para hacernos conscientes de los ataques que sufren directamente nuestros jóvenes y todos nosotros. Estos ataques minan la esencia de esta vocación al amor y se convierten en dificultades serias en el camino catequético.

Por último, propondré los itinerarios que creo más adecuados para la propuesta cristiana en ese momento decisivo de la juventud o del noviazgo. Por otro lado señalaré qué espacios son los necesarios para que sea posible encaminarse en esta aventura del amor, de la encarnación del amor de Cristo en cada persona, en cada comunidad.

¹ La dimensión corporal no puede ser algo ajeno a la formación del célibe. Ésta es necesaria no sólo para prevenir, sino para potenciarla e integrarla, ayudándole a descubrir cómo interviene esta dimensión en su entrega y en su recibimiento.

Adentrémonos entonces en un intento de comprensión de la persona que nos descubra las actitudes para escoger el camino adecuado.

I. PRESUPUESTOS GUÍA: UNA PROFUNDIZACIÓN EN EL CONOCIMIENTO DE LA PERSONA COMO NORTE EN EL CAMINO CATEQUÉTICO

Si queremos, pues, descubrir cuáles han de ser estos caminos, o al menos, si no somos tan pretenciosos, proponer itinerarios catequéticos adecuados para los jóvenes y para los novios, no nos queda otra alternativa que adentrarnos en el misterio del camino que Dios les propone, que Dios nos ha propuesto a todos en un momento crucial de nuestras vidas.

Es un momento crucial, porque es decisivo en cuanto a la elección de un proyecto de vida que va a ir configurándola, que, en definitiva, nos va a ir configurando a nosotros mismos. Mounier dirá: “el amor es la unidad de la comunidad como la vocación es la unidad de la persona”².

Voy a seguir esta afirmación como estructura del análisis, ya que creo que puede servirnos de guía en nuestra búsqueda de los elementos principales a tener en cuenta en un camino catequético.

1. *Persona y Comunidad*

Podemos destacar que hay dos elementos definidos y vitales para el desarrollo de la fe. La fe es una vivencia personal y comunitaria, verdaderamente sólo puede ser personal si es comunitaria y sólo puede ser comunitaria si es personal. Es decir, *el auténtico camino catequético ha de cuidar tanto lo personal como lo comunitario, tanto lo comunitario como lo personal*. Y estas vertientes se cuidan no de una manera independiente, sino retroalimentándose, es decir, que el cuidado personal, su atención y su desarrollo, ofrezcan siempre una derivación a la

² E. MOUNIER, “Révolution Personnaliste et Communautaire”, en: *ID., Œuvres I* (Paris 1961) 193.

comunidad, un derramarse a la comunidad, y que la vivencia comunitaria sepa llegar al núcleo personal, sepa respetar y hacer emerger lo personal.

Esta interdependencia entre el desarrollo personal y el comunitario viene implícita en una necesidad del hombre que es la *apertura*. Sólo es posible recorrer un camino personal, un camino cristiano, si se guarda *la dimensión de apertura*, si la comunidad se enriquece con lo personal, cada persona con los otros y con la comunidad. Ninguna persona “cerrada”, aunque la llamemos erróneamente espiritual, ninguna comunidad “cerrada”, aunque la llamemos ejemplar, muestra un verdadero camino catequético. Una comunidad que pretende bastarse a sí misma, que se gloria sólo en sí misma, que no se deja enseñar por los otros, sufre una enfermedad tan claramente como la sufre y la consiente la persona que se gloria sólo de sí misma.

Si esto es así para toda comunidad con intención pedagógica, ha de serlo de manera más propia en la comunidad cristiana, cuya nota característica ha de ser la humildad³. Si Dios es un Dios que se abre, tanto en la creación como en la redención, un Dios que desea y anhela recibir del hombre, ¿cómo el hombre, la mujer, no va a recibir de Dios y de los otros?. Y si Dios recibe al hombre con sorpresa, con la alegría y con humildad, ¿cómo no hemos de recibir nosotros así que somos sus criaturas?

2. *Unidad*

La afirmación de Mounier, que he escogido por su sistematicidad, simplicidad y claridad, no se aleja del cristianismo al pretender la *unidad*. Diversos autores ilustran y argumentan cómo la unidad es un fin necesario para la persona. Autores personalistas estudian diversos modos de unidad llegando a afirmar cómo el modo de unión propiamente personal es la comunión⁴, aunque sobre esto existen diversidad de opiniones. Lo

³ La humildad, la verdadera humildad, conocimiento verdadero de sí mismo y del amor de Dios, es distinta a la pusilanimidad, esa visión deformada de uno mismo que tiende a la minusvaloración injusta de sí.

⁴ Argumenta de este modo M. NÉDONCELLE, *La reciprocidad de las conciencias* (Madrid 1996) 21-86.

que está claro es que la pretensión de Cristo era el logro de esa unión que Él afirma existe ya en Dios, cuando pide en la oración sacerdotal que todos sean uno como Él y el Padre son uno.

Sin embargo, Mounier no sólo pretende la unidad de la comunidad, la unidad entre las personas, sino que pretende la unidad de cada persona, su propia integración. Y es que podríamos afirmar que el pecado, la desestructuración que ha sufrido la persona, también tiene dos vertientes, la personal y la comunitaria. Un itinerario catequético también ha de contemplar estas dos consecuencias de la desestructuración, buscando así la unidad. La integración personal no es ajena tampoco a la Palabra de Dios, como refleja perfectamente San Pablo⁵.

Partiendo entonces de la necesidad de la búsqueda de estos dos modos de unidad, analicemos cómo ha de darse cada uno en un camino catequético.

Lo primero a considerar es que no podemos pretender avanzar en un modo de unidad unilateralmente, se ha de avanzar en los dos simultáneamente. El análisis nos obliga a tomarlos por separado, pero esto es una ficción teórica, la construcción de tales “unidades” es simultánea.

3. *Unidad personal*

Sin olvidar la anterior advertencia nos centramos en la unidad de la persona. Mounier afirmaba que la unidad de la persona es la vocación, pero ¿qué une la vocación?, ¿qué está disgregado, disociado?

La persona no es divisible en sus partes, pero sí posee una serie de notas y de potencialidades que son las que están o pueden estar disgregadas, disociadas o de algún modo dañadas. Del logro de la unidad integrada entre ellas se ha de encargar la educación y parte de esta educación es la catequesis.

Veamos en este momento las notas propias de la persona y cómo han de estar integradas.

Lo primero que podemos destacar es que la persona es *irreductible*, tenemos que tratarla y ayudarla como un todo, su de-

⁵ Cuando afirma que hace lo que no quiere y quiere lo que no hace (Rm 7,15).

sarrollo ha de ser integral y no se ha de tomar sólo una de sus notas o de su potencialidades aisladamente; esto favorecería la desestructuración que ya sufre. Por ejemplo, no podemos potenciar de tal manera su espiritualidad que le lleve a vivir de una manera desencarnada, en el sentido físico y temporal. Otro ejemplo de gran actualidad supone la sobrevaloración de la libertad, desintegrándola en su valor y significado de la totalidad de la persona, olvidando así la vocación o el sentido de compromiso, entre otras notas de la persona.

Del *valor incuestionable* de la persona derivamos la inadecuación de reducirla a su funcionalidad⁶. Por ello el catequista debe contemplar a cada catecúmeno de una manera irrepetible, descubriendo su *unicidad* y su *originalidad*. Esta mirada ha de ser renovadora para el catecúmeno, ayudándole a descubrir el valor que es él mismo, su novedad. Esto es importantísimo porque tiene su fundamento en el amor único de Dios hacia él, tanto en su mirada creadora cómo redentora, y esto es lo que conmueve a la persona, el comienzo de la conversión al amor. Es indispensable la incondicionalidad de esta mirada aunque se haya de corregir, incluso reprender. Esta mirada no se fabrica, es un regalo de Dios que supone la limpieza de corazón.

También es importante que se dé esta mirada porque va unida a la llamada. Dios ama y, a la vez que crea, mira con amor y llama. Esta llamada es el principio de la vocación, del sentido de la vida, que está en el origen y en el final. Cuando nos sabemos amados, nos sentimos apelados, debemos dar una respuesta que convoca a todo nuestro ser. Esta llamada no se puede confundir con lo que yo creo que se pretende de ese joven o de esos novios. La llamada es de Dios a ellos, a través de la realidad que viven. Y la misión del sacerdote o el catequista es ayudar a oír, no oír por ellos.

Es importante que la ayuda o el acompañamiento no se dé sólo en función de que sigan el camino que yo creo, ya que en-

⁶ E. MOUNIER, "Manifeste au service du personnalisme", en: *Id.*, *Oeuvres I* (Paris 1961) 524: "... la persona es un absoluto respecto a toda otra realidad material o social, y de cualquier otra persona humana. Jamás puede ser considerada como parte de un todo: familia, clase, estado, nación, humanidad".

tonces estamos reduciendo, probablemente, la persona al bien que yo creo o deseo para ella. Catequistas o sacerdotes que se vuelcan en la medida en que el catecúmeno es lo que ellos creen que ha de ser, y cuando el catecúmeno toma otro camino huyen o desprecian su atención, cuidado o cariño, provocan una grave crisis. Esto es así porque la persona del catecúmeno, que se ha descubierto amado por Dios en la mirada del catequista, de los padres o del sacerdote, se siente querido en la medida en que es lo que el otro quiere que sea, y por lo tanto, manipulado, no querido por sí mismo.

Por ello es necesario distinguir la función, que en un momento ha realizado el sacerdote o catequista, del aprecio y la valoración profunda del catecúmeno. Puede ser que, al seguir un camino en el que no es fácil ayudar, la función ya carezca de sentido, pero el encuentro personal nunca carece de sentido. Si el sacerdote o catequista renegara o se “deshiciera” de la persona a la que ha acompañado o guiado en su camino de fe por no haber descubierto “*la mirada profunda*”, el catecúmeno superaría la crisis trascendiendo a la mirada de Dios, pero esto no es fácil, supone una madurez en la que Dios colabora. Pero esto sería la superación de un límite que no tiene por qué producirse por un fallo en la mirada, sino que se puede superar desde el crecimiento propio. La importancia de la mirada encarnada que contempla es definitiva.

Esa mirada de un modo más específico es la que se da entre los dos enamorados: “el poder de su exclusividad me ha captado”⁷. En el enamoramiento descubrimos la originalidad y el ser único del otro de modo que capta la vida, encontrando en el “nosotros” el sentido. Por lo tanto educamos en el amor, y por ello en el amor matrimonial, en el amor a los hijos, cuando la mirada es contemplativa, cuando queremos, apreciamos independientemente de la funcionalidad o de que el otro responda a lo que yo creo que es bueno. El amor, ese amor que no pasa nunca, se alimenta de esa mirada y supone esa continuidad de la “mirada”. En aras del desprendimiento, muchas veces, se justifica el desentenderse del catecúmeno, que en el fondo no es más que la huida ante la decepción por el camino que toma

⁷ M. BUBER, *Yo y Tú* (Madrid 1993) 13.

el catecúmeno, el hijo, y en el fondo la causa principal es no haber llegado a amar desde lo profundo del corazón, por encima de sí mismo. Esto es distinto que la separación propia que acarrea la vida, por los diversos caminos que se recorren o acontecimientos que suceden, pero donde el cariño y el respeto profundo permanece.

También es importante porque muchos jóvenes nos llegan heridos, no se valoran, no se han descubierto todavía. Desde esa mirada amorosa también se descubren y descubren el valor de su presencia en este mundo; esto es fuente de alegría, de coraje, de fuerza, en definitiva el descubrimiento del sentido concreto de mi vida, ésta es la vocación. Iremos viendo poco a poco cómo la vocación aglutina las potencialidades de la persona.

La persona no sólo es irreductible y única, también tiene una *dimensión corporal* que no es un añadido. La afirmación de la corporalidad no sólo es una vacuna contra el idealismo, también lo es para el espiritualismo.

¿Qué supone en un camino catequético la afirmación de la corporalidad? Entre otras cosas supone el reconocimiento de una dimensión que nos descubre mejor a la persona, la relación con los demás, y que modula los dinamismos que se generan en la persona. Prescindir de esta realidad a lo único que conduce es, de nuevo, a la disociación. La dimensión corporal se encuentra transida de un modo patente por el *carácter sexuado* de la persona. “Hombre y mujer los creo”⁸. Sólo puedo ser cuerpo como mujer o como varón. Este ser hombre o mujer, en cuanto imagen de Dios, nos enseña la llamada al encuentro, la polaridad de lo humano, que siendo yo en mí mismo necesito del otro, del otro que es igual y diferente a la vez. Esta nota del encuentro revelada de un modo peculiar en la corporalidad es clave en el itinerario catequético. No hay verdadera fe sin un encuentro real con Cristo, sin un encuentro con los otros. Si el otro despierta al yo, si el yo no llega a ser él mismo sin el Tú, tampoco lo llega a ser en la dimensión de la fe.

⁸ Gn 1,27, cita que Juan Pablo II utiliza como título de sus catequesis sobre la Teología del Cuerpo.

Otra nota de la persona es la *libertad*. La afirmación de la libertad personal no se puede hacer de un modo absoluto, como ocurre en el existencialismo. La apertura que supone el que la persona sea libre es la posibilidad de elegirse a sí misma, de decidirse. *La realidad, los otros y Dios son un requerimiento* para esa persona, es apelada de un modo único y la única forma de ser libre es escuchando el requerimiento y respondiendo al mismo, decidiéndose. La libertad supone la posibilidad del encuentro con el sentido de la propia vida y de decidirse ante ese encuentro. Por ello la libertad, que supone el compromiso, es esencialmente relacional. Yo no me puedo decidir adecuadamente de una manera aislada, solitaria. La decisión supone el compromiso, y éste a toda la persona. El decidirse es integralmente personal no compromete las dimensiones de la persona aisladamente. No puedo decir sí, sin que lo diga todo yo, toda mi persona.

Ahora, de la dimensión corporal también descubrimos la *dimensión temporal*. La persona se realiza, se decide en una historia⁹, en el tiempo va construyendo su propia identidad. Esto lo hace también de un modo relacional, es decir, los demás colaboran en esa construcción de la identidad, ayudándole en su definición, interpretando junto con ella los acontecimientos de la vida y otorgando así un sentido.

¿En qué es importante considerar esta dimensión temporal en cuanto al itinerario catequético? Pues en que la identidad de una persona, su vida, no se construye en un instante, no es rígida, impenetrable o inmutable, sino que es dinámica. La realidad le incide, le habla, le requiere, también puede transformarle. Este diálogo con la realidad, con los demás y con Dios, se da de un modo progresivo, con la paciencia que respeta los ritmos naturales, que sopesa, que reposa, que deja pasar el tiempo sin “estrujar”, sin acelerar los procesos, que deja crecer y ayuda y guía en ese crecimiento y que deja fructificar y no recoge los frutos en seguida, sino que deja que maduren y, por supuesto, al final no los arrebatara porque no le pertenecen. El

⁹ “...no sólo es una dimensión importante entre otras, ... sino toda una problemática, a saber, la de la identidad personal, que sólo puede articularse en la dimensión temporal de la existencia humana” (P. RICOEUR, *Sí mismo como otro* [Madrid 1996] 107).

catequista ha de tener la paciencia y el ajuste a los tiempos del que sabe de la vida, del que sabe esperar y alentar, y ayudar con las circunstancias y con la mirada interpretativa que sabe reflejar lo que la realidad le dice al catecúmeno. Es ese saber interpretar los signos de los tiempos en los acontecimientos comunes de la vida. El catequista debe ayudar a que el catecúmeno se capacite para distinguir entre lo que es un suceder y un acontecimiento, es decir, distinguir lo que reclama un nuevo mirar, lo que revela un sentido, un sentido para el otro, que no tiene por qué ser del mismo modo para mí¹⁰.

Así descubrirá su propia identidad, su sentido, lo que le corresponde en esta vida, configurándose a sí mismo de un modo que integre la realidad, a los demás y a Dios. En definitiva, descubriéndose y mostrándose, recibiendo un sentido que es una donación¹¹.

Es definitivo para la identidad del cristiano el reconocimiento de su causalidad personal. La configuración de su identidad, de su vida, de su vocación, para que se dé una respuesta adecuada, no depende únicamente de sí. Por ello ha de escucharse a sí mismo, como obra creada por Dios, a Dios mismo en cuanto salvador suyo, a la realidad que le circunda y que de un modo específico le apela, y a los otros que también tienen una palabra para él. Sólo escuchando de un modo abierto, a sí mismo, a la realidad, a los demás y a Dios, está posibilitada la persona para responder acertadamente. La respuesta la da ella, el decidirse está en su mano, pero el contenido de la llamada no está sólo en sí misma. Aquí no cabe entonces la cerrazón, la decisión unilateral. Es más, ocurre a veces que la realidad se empeña en algo distinto de lo que en un principio parecía que contenía la llamada; esto es un misterio, “también en la resistencia, se me hace patente el misterio”¹².

¹⁰ “... el acontecimiento narrativo es definido por su relación con la operación misma de configuración... es fuente de discordancia, en cuanto que surge, y fuente de concordancia, en cuanto que hace avanzar la historia... es simplemente lo inesperado, lo sorprendente; sólo se convierte en parte integrante de la historia cuando es comprendido después, una vez transfigurado por la necesidad” (RICOEUR, 140-141).

¹¹ En el fondo no es otra cosa que el encuentro: “Una forma de permanencia en el tiempo que sea una respuesta a la pregunta: ¿quién soy?” (*ibid.*, 112).

¹² BUBER, 53.

El reconocimiento del sentido y la aceptación del mismo conlleva *la correspondencia*, es decir, el saborear como corresponde la misión con uno mismo. Esto tiene tres frutos principales: la paz, el descanso y la alegría. La persona reposa en su sentido y vive un gozo que se le da de un modo que él mismo no puede darse. Es el gozo del encuentro de la criatura con su misión, con su destino, en palabras de Buber¹³. Esto no quiere decir que el encuentro del sentido sea la realización del mismo, sino su posibilidad.

Ahora es entonces el momento de la *fidelidad*, que es el convocar a toda la persona a la realización de ese sentido. Si es toda la persona la convocada, también lo es en su dimensión temporal. No se puede decir “todo yo” sin decir “siempre”, ya que como hemos visto la dimensión temporal es también una dimensión de la persona. El decidirse supone toda la persona en cuanto a potencialidades y en cuanto al tiempo.

La respuesta de este modo, que es la fidelidad, supone la creatividad, no el aguante¹⁴. La fidelidad creadora supone la mutua ayuda de las diferentes potencias de la persona, al igual que la ayuda de la comunidad y de Dios. Un yo solitario basaría la fidelidad más bien en la terquedad, en la soberbia.

La fidelidad no tiene nada que ver con esto. La fidelidad vive de la humildad, del reconocimiento de la debilidad, de la ayuda de Dios y de los otros y de la alegría del encuentro del sentido, de la correspondencia¹⁵. Su fortaleza reside en todo esto. Buscar su fortaleza en otras fuentes supone el desgaste, la amargura, la desilusión de la correspondencia imposible, el fracaso vital.

Como decía, la fidelidad vive también de la ayuda mutua entre las diferentes potencias de la persona que podemos integrar de una manera simbólica en el *corazón*. Un corazón, de carne,

¹³ BUBER, 53.

¹⁴ A. LÓPEZ QUINTÁS defiende en distintas obras suyas la importancia de la fidelidad creadora. Véase por ejemplo *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa* (Madrid 1993) 38.

¹⁵ Ésta es la correspondencia de una vida, la confirmación del sentido de una historia, no de un instante a veces idealizado; la verdad se actualiza y se recrea siempre, tiene una fuerza regeneradora en sí misma.

que se decide, es un corazón que ama, que desea, que quiere, que busca con su inteligencia el bien y la realización del sentido, que lo pone por obra, un corazón que escucha, que recibe y que da... No todas las potencias, en el transcurrir de la vida, se encuentran en su plenitud en cada momento. Como decíamos, la persona integrada busca para la fidelidad la ayuda mutua de las diferentes potencias. Por ejemplo, la afectividad presta fuerza a la voluntad, la inteligencia le ayuda a interpretar la afectividad, a situarla en la realidad, el deseo presta diligencia a la inteligencia, la corporalidad, el tacto, alimenta el afecto y el deseo... Esta mutua ayuda integrada es decisiva, si no el sufrimiento es duro y puede arruinar una decisión.

Hemos visto, aunque no muy extensamente, la importancia de la unidad personal y que ésta se da gracias a la vocación. Por ello será importantísimo el tratamiento que se dé a la misma, su configuración de manera integral y la importancia de un discernimiento adecuado a través de la escucha del sí mismo, de la realidad, de los otros y de Dios, llegando así a descubrir la correspondencia con un sentido que llena de paz y de alegría, y que ha de acometerse desde la ayuda mutua de todas las potencialidades de la persona y entendiendo de un modo ajustado las diferentes notas características de la persona. Ahora es el momento de ver cómo ha de darse la unidad de la comunidad a la que se llega gracias al amor.

4. *Unidad de la Comunidad*

Para estudiar en profundidad este punto nos tendríamos que extender mucho; como el carácter del artículo no lo permite, y ya que hay algunos elementos que se pueden destacar del análisis anterior, como es el papel de los otros en el descubrimiento del sentido personal o en la configuración de la propia identidad, me centraré en lo más destacable en cuanto a la comunidad que recibe a los jóvenes y a los novios.

Si la unidad de la comunidad es el amor, la primera nota que debe descubrirse es la de esa mirada de la que hablábamos con anterioridad. Partiendo de ella, la comunidad debe respetar la singularidad de cada miembro o de cada pareja de novios, abriéndose a su riqueza, al igual que la comunidad debe enriquecer a cada miembro o a cada pareja de novios.

Un elemento básico para que se dé lo anterior es que la comunidad cuide dos actitudes clave, lo que denomino el binomio *sostenimiento-promoción*. Es decir, en la comunidad ha de darse el recibimiento, la acogida, el respeto al ritmo de cada miembro, el cuidado: esto sería el sostenimiento. Pero también el aliento, la atención a las riquezas de cada uno, su potenciación, su valoración, la solicitud de la actuación de las mismas...: esto sería la promoción. Una comunidad que sólo cobija, sobreprotege, no desarrolla, ahoga. Una comunidad que sólo promociona, agota, mata de inanición, hace que los sujetos se embarquen en una escalada de méritos a ver si así logran el reconocimiento, pero sin llegar al reposo, al descanso y, por lo tanto, sin llegar a gustar el gozo que otorga la correspondencia. En el fondo se hacen dependientes afectivamente a través del reconocimiento de los méritos.

Por lo tanto, se ha de acoger, ha de cuidarse el vínculo entre ellos y los catequistas o responsables. A la vez han de recibir un contenido y una experiencia auténticos que les cuestionen y les planteen vivencias más profundas, que les confirmen, que les hagan gozar con lo bueno, desear la verdad, los modos de entender y responder a la realidad, a los otros y a Dios cada vez con más matices, con más finura en el amor.

La comunidad ha de tener suficiente cohesión para que los jóvenes y novios se sientan identificados con ella, pero a su vez debe existir la libertad que permite la individuación de cada uno. Esto no sólo es un bien para la comunidad sino una enseñanza para el resto de comunidades, de las que forman o formarán parte y, por supuesto, también para la familia.

La comunidad se ha de adaptar a las circunstancias y al mundo que los rodea pero manteniendo la meta que les convoca. Para eso es imprescindible la escucha al mundo que les rodea y su inserción en él, la sensibilidad hacia los diferentes miembros que la componen, sin dejar de abordar con claridad la meta que les convoca y que ofrece respuestas que trascienden el momento concreto.

En la comunidad tiene que existir suficiente estructura como para que la comunicación sea eficaz, pero también la adecuada flexibilidad que permita adaptarse a las diferentes necesidades.

Estos serían resumidamente los elementos que deben atenderse en una comunidad para que ella misma sea educativa y

también, por ello, catequética. En definitiva, si la comunidad respeta y promueve los elementos propios que alientan y sostienen la integración personal, desde la unidad que da la vocación al amor entendido desde el encuentro y cuida aquellas propiedades que garantizan la posibilidad de la unidad en el amor, tendremos el elemento primero y fundamental para el desarrollo de un itinerario catequético adecuado.

Todo esto se ha de dar en el marco de lo que denomina Ricoeur las “instituciones justas”. No me extiendo en este punto porque nos alejaríamos del propósito del artículo, pero no quiero dejar de mencionarlo¹⁶.

Propongo a partir de ahora algunos caminos concretos que, respetando este modo de entender la persona y la comunidad, ayuden a los jóvenes y novios en el camino del descubrimiento de la vocación al amor en sus diversas formas. Pero primero debemos situarnos en el contexto actual. No sólo necesitamos saber cuáles son los requerimientos del cuidado de la persona, sino también la realidad en la que se han de desarrollar y cultivar.

II. LA SOCIEDAD EN LA QUE VIVIMOS: CONTEXTUALIZACIÓN, LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Ya hemos ahondado en la persona y en la comunidad, adentrémonos ahora en la sociedad. Siempre es necesario plantearnos desde qué lugar partimos, cuál es el aire que respiramos día a día, es decir, los presupuestos de nuestro contexto, las creencias o ideas de los jóvenes que se acercan a la catequesis.

1. *Una necesidad pedagógica*

Esta sociedad, en cuanto a la vocación al amor y la familia, tiene presupuestos que suponen un avance y otros que aca-

¹⁶ RICOEUR, 176. Creo que es importante hacer referencia a esto porque, a veces, las comunidades cristianas pueden enmarcarse en estructuras institucionales que en aspectos más o menos fundamentales no atienden a estos elementos de justicia, y poco a poco van minando la dinámica de la comunidad o del desarrollo personal.

rrean graves dificultades. Junto a los avances no debemos ignorar los graves errores, al igual que sería dañino ver los errores solamente y negar cualquier actitud o valor positivo. El tener una mirada ecuánime no sólo es un dato de salud, de mentalidad libre y sana, sino que también es una necesidad pedagógica en cuanto a la transmisión de los valores, de la fe y de la vivencia cristiana. Si al predicar, al evangelizar a un joven, o a cualquier persona, no descubrimos y valoramos lo bueno que ya vive o lo bueno que existe en el planteamiento del amor que hay en la sociedad, podrá respondernos de dos modos: con recelo o desconfianza por negar cosas que él intuye como buenas; o con dificultad para integrar el nuevo planteamiento en su vida, le parecerá que su cambio ha de ser brusco e irreconciliable con la vida anterior. Estas dos consecuencias negativas se pueden salvar.

En el primer caso, descubriendo lo positivo que ya vive junto con los errores, alentando lo bueno, para luego aplicar el bien descubierto en el momento adecuado. Veamos un ejemplo: tener relaciones prematrimoniales en un noviazgo no es malo porque ese amor que se demuestran no sea verdadero; cuando les decimos eso se indignan, ¿por qué?, porque probablemente sí tiene elementos del verdadero amor, como el deseo de la entrega, la búsqueda y la apertura al otro, la manifestación corporal de un amor. Más bien, es malo porque no se dan todos los bienes del amor de una manera integrada y ajustada, y porque faltan aspectos vitales para que sea un amor que haga crecer. Entre ellos, un elemento indispensable es la integración de la dimensión temporal en la entrega en totalidad al otro. Yo puedo entregar todo mi cuerpo, todo el amor que le tengo ahora, pero yo soy un ser temporal, con una historia, y para entregarme todo yo he de entregar mi historia, y esto no se entrega en una relación prematrimonial. En lo personal no se puede decir “todo”, sin decir “todo mi tiempo”, “toda mi historia”. Otro elemento indispensable que puede no darse en las relaciones prematrimoniales es la diferencia entre el amor-deseo y el amor-virtud, es decir, yo puedo desear amar al otro y entregarme por entero, pero el hecho real de la entrega es diferente del deseo. Yo puedo querer comprometerme con acabar o reducir el hambre en el mundo, lo puedo desear con toda el alma, pero puedo a la vez no hacer nada por ello. Es decir, el deseo, el ímpetu, no

es lo mismo que el acto, que el amor. Otro factor añadido es la inmadurez de esa relación en cuanto a la posibilidad de acoger un hijo, por ello la relación y la entrega tampoco es plena y se evidencia en esto. Por todo esto se altera de tal modo la dinámica amorosa que se pierde la bondad integral del acto y la capacidad de fecundidad en su dimensión personal, para cada uno de la pareja de novios y entre ellos, y en su dimensión de apertura, para los demás.

En cuanto al segundo posible daño que supone la imposibilidad de reconciliación con la vida vivida hasta el momento, éste también se puede salvar. Esto es posible cuando descubrimos lo bueno que ya se vive y se ayuda a renovarlo desde la mirada de Cristo. En el fondo es aplicar la reconciliación, la recapitulación de todas las cosas en Cristo: no hay que hacer borrón y cuenta nueva, sino reconciliar todo en Cristo. Por supuesto que a veces la conversión supondrá cambiar aspectos de la vida, pero ni mucho menos siempre. Ni tiene por qué ser necesario salirse de grupos de amigos, etc, y que a partir de ahora todo el ambiente en el que se mueva sea cristiano. El laico ha de insertarse en el mundo, no separarse de él, ha de encarnar a Cristo y renovar la vida, no huir de ella. Cuando la ruptura es drástica se suele refugiar el converso en la comunidad cristiana sin cuidar la dimensión de apertura hacia la sociedad y eso le hace vivir la comunidad de una manera erróneamente dependiente, y le infantiliza en lugar de hacerle crecer. Por ello hay que cuidar siempre que renueve los ambientes y su forma de estar presente en ellos, no que rompa con todo.

2. Presupuestos de la sociedad en que vivimos

Como decía, esta sociedad posee elementos o valores positivos en cuanto a la vocación al amor, y valores negativos y desintegradores. Quizás me atrevería a decir que los más dañinos son precisamente los que se caracterizan tanto por desintegrar los diferentes pasos de la dinámica del amor, como por considerar la vida a base de instantes inconexos.

Veamos cuáles son esos elementos positivos y negativos.

Positivos	Negativos
Valoración de la mujer, de su posición en la sociedad.	Eliminación de las diferencias entre hombre y mujer.
Descubrimiento de la sexualidad, evitando tabúes, una sexualidad más comunicativa.	La sexualidad como un derecho.
Valoración del cuerpo.	El cuerpo como algo que “se tiene”, no que “se es” (justificación del aborto, operaciones de cambio de sexo, disgregación de la sexualidad corporal y psicológica).
Concienciación de la importancia del hijo, búsqueda de una planificación familiar.	Separación de la sexualidad y la procreación (en los dos sentidos), hijos sin sexualidad y sin vínculo matrimonial, exclusión de los hijos del matrimonio. El hijo como un derecho, necesario para la autorrealización.
Valoración de la dignidad humana, importancia de la ciudadanía.	Dignidad humana igual a calidad de vida, omitiendo el valor del ser, sólo se fijan en las cualidades que se pueden tener.
Importancia del desarrollo personal.	Ideal de independencia, autenticidad y autorrealización, negando el valor de la tradición y de lo que aportan los demás y las dependencias afectivas sanas.
Valoración de la afectividad y de los sentimientos, importancia del enamoramiento en la construcción del amor.	No integración de la afectividad en todo el ser personal, se prima el sentimiento sobre la decisión y el compromiso de toda la persona. La afectividad no es el principio que convoca a todo el ser, por ello “se pasa”. Disgregación de la vida en instantes inconexos dominados por las emociones. Disgregación de la sexualidad y la afectividad.

Positivos	Negativos
Valoración de cada uno de los miembros de la familia y de sus derechos.	La familia sin jerarquía, ¿instaurar la democracia en la familia?
La sexualidad debe liberarse de represiones.	Tomar la dinámica propia, intrínseca, de la sexualidad como una represión, separación de todos sus momentos claves.
Solidaridad, ayuda y respeto al homosexual.	Homosexualidad como una forma correcta del desarrollo y una elección más.

Estos son algunos de los valores positivos de la sociedad actual en cuanto a la vocación al amor. También hemos destacado los elementos negativos que atentan contra la dinámica interna del amor.

La solución ante estas creencias disgregantes no es volver a lo anterior, a determinadas actitudes del pasado, ya que también tenían sus puntos negativos. La solución pasa por ser creativos y, con la asistencia del Espíritu Santo, conocer la verdad intrínseca que se descubre en la dinámica del amor, comprender la sociedad en la que vivimos, comprender los errores morales a los que tendemos, provocados, en buena medida, por errores de concepto. Posteriormente, dando la mano a esta situación, emprender un camino posible pero que ha de contemplar tanto la mente como el corazón, resguardado siempre, desde la compañía, por la “paciencia pacífica” y humilde.

Veamos finalmente cuáles han de ser esos itinerarios catequéticos que respeten profundamente a la persona y que tengan en cuenta la sociedad en la que viven, a la vez que, desde una mirada sana, promuevan todos aquellos bienes a los que estamos llamados.

III. ITINERARIOS CATEQUÉTICOS

Para abordar este apartado, que es el propósito del artículo, tenemos que tener en cuenta que lo reflexionado anteriormente no es un preámbulo teórico, sino más bien el núcleo de la catequesis. Es, en definitiva, la vida de lo que se ha de transmitir, el

modo y el contenido, al igual que el contexto con el que hay que contar y las dificultades que hay que salvar.

Ahora sí es el momento de concretar esos caminos adecuados que promueven el cuidado de la vocación al amor. Para comprenderlos más a fondo me fijaré, en un primer momento, en los espacios y, en un segundo momento, en las funciones. En los distintos espacios se pueden dar diferentes funciones, no le corresponde una función determinada a cada espacio, aunque en cada uno se puedan dar de un modo distinto.

1. *Espacios*

El primer espacio propio para la formación de los jóvenes y los novios para la vocación al amor es *la propia familia*. Ésta ha de cuidar los diferentes momentos por los que pasa el desarrollo de sus hijos. Para ello debe ser en principio testigo del amor, encarnación de una donación y un recibimiento mutuo, y, por ello, escuela de generosidad, de fidelidad y de cuidado por el otro. Los padres han de ser claros en la educación de la sexualidad, acompañando a sus hijos desde la escucha atenta al momento que están pasando. Deben cuidar las reglas que anteriormente hemos expuesto, prestando especial atención a la unidad y a la integración de todas las dimensiones de la persona; por ello es clave la educación de la afectividad, la vinculación de la sexualidad al amor desde un principio. Resumiendo, una visión positiva de la sexualidad a la vez que respetuosa.

Otro espacio clave es el que establece el joven con sus diferentes *amistades*, éstas colaboran en la profundización en el amor o favorecen la desintegración de sus dinamismos. Por ello conviene tener este espacio presente y proporcionar ambientes alternativos, sobre todo en el caso de que los ya existentes no favorezcan el crecimiento en la vocación.

El tercer espacio sería *la comunidad cristiana particular*. Su tarea se realizaría a través de los medios catequéticos ordinarios y de los medios catequéticos específicos.

Los medios catequéticos ordinarios son todos aquellos que ya funcionan y que normalmente giran alrededor de los sacramentos: la catequesis de comunión, la de postcomunión, la de confirmación, e incluso la prematrimonial, lo que llamamos los cursillos prematrimoniales. Esta actividad catequética tiene que

estar impregnada, traspasada, orientada al desarrollo de la vocación al amor. No sólo tienen que dar doctrina, sino enseñar a amar, unir la Vida que viene a traernos Cristo con la vida que ya tienen, enseñándoles a integrarla. En definitiva, a darse y recibir, desde una apertura a la llamada en todos los caminos y a la escucha de la llamada concreta de Dios a cada uno.

Por medios catequéticos específicos entiendo aquellos que están encaminados a tratar algún aspecto más propio de la vocación al amor. Estos medios se han de poner normalmente, y habitualmente tienen que ver con temas que conviene cuidar por su dificultad, por el ataque sistemático que reciben, por la profundización que requieren, o por la oportunidad del momento. Así, son medios específicos, por ejemplo, los cursillos y charlas testimoniales sobre los métodos naturales de planificación familiar, los cursos que ayuden en la formación de la afectividad y su integración con otras dimensiones personales, cursos de comunicación, grupos de novios, o de jóvenes...

El cuarto espacio a considerar sería aquel que favorece la vivencia cristiana dentro de la vida ordinaria. Aquí entraría, por ejemplo, la congregación de jóvenes cristianos en la Universidad, o la asociación para el desarrollo de una actividad de acción social de inspiración cristiana. Esto segundo sería la concreción de la misión de los laicos que se unen en la medida en que sean movidos a actuar dentro del seno de la sociedad. Por ejemplo, a través del compromiso por la defensa de la vida, por la promoción ética en los ambientes profesionales, con la justicia en defensa de los más desfavorecidos... Estos espacios enseñan a concretar la misión, a convertir los deseos en acciones y en compromiso, según las posibilidades realistas de cada uno y esto es importantísimo en la enseñanza del amor.

2. *Funciones*

Veamos ahora las funciones específicas que se han de desarrollar en los diferentes espacios.

Todos estos espacios, unos más específicamente que otros, han de velar por el crecimiento en el amor. Para que esto se dé, la persona necesita que se le apoye de diferentes maneras.

La primera es la *función testimonial o inspiradora* que, en definitiva, consiste en que los jóvenes puedan tocar el amor que